

Estudio en escarlata

Arthur Conan Doyle



Clásicos Algar Joven

La primera aventura de Sherlock Holmes

CAPÍTULO PRIMERO: EL SEÑOR SHERLOCK HOLMES

En el año 1878 me gradué como doctor en Medicina por la Universidad de Londres, y después marché a Netley,¹ donde asistí al cursillo obligatorio para ingresar como médico cirujano en el Ejército. Tras haber terminado mis estudios, fui destinado de inmediato al 5.º de Fusileros de Northumberland, en calidad de médico cirujano ayudante. El regimiento se hallaba por entonces de guarnición en la India, y antes de que pudiera unirme a él estalló la segunda guerra de Afganistán.² Al desembarcar en Bombay me llegó la noticia de que mi unidad había atravesado los desfiladeros de la frontera, y se había adentrado profundamente en territorio enemigo. Sin embargo, decidí seguir viaje, como otros muchos oficiales que se hallaban en igual situación. Llegué a Candahar³ sano y salvo, y allí encontré por fin a mi regimiento y me incorporé en el acto a mi nuevo servicio.

Aquella campaña proporcionó honores y ascensos a muchos, pero yo sólo coseché desgracias y calamidades.

1. Sede de un hospital militar, cerca de la costa inglesa.

2. La segunda guerra afgana se desarrolló entre 1878 y 1880.

3. La tercera mayor ciudad de Afganistán. También se escribe Kandahar.

Fui separado de mi brigada y agregado a las tropas de Berkshire,⁴ con las que me encontraba sirviendo cuando la desastrosa batalla de Maiwand. Allí, una bala explosiva me alcanzó en el hombro, hizo añicos el hueso y rozó la arteria subclavia. Habría caído en manos de los despiadados *ghazis*⁵ de no ser por el valor y la lealtad de Murray, mi asistente, quien, tras colocarme de través sobre un caballo de tiro, logró alcanzar felizmente las líneas británicas.

Agotado por el dolor, y en un estado de gran debilidad a causa de las muchas fatigas sufridas, fui trasladado, junto a un nutrido convoy de maltrechos compañeros de infortunio, al hospital de la base de Peshawar. Allí me había recuperado tanto como para pasear por las salas, y salía a tomar el sol en la terraza, cuando caí víctima del tifus, azote de nuestras posesiones en la India. Durante meses se temió por mi vida. Cuando por fin pude reaccionar y me convertí en convaleciente, había quedado en tal estado, y me encontraba tan débil, que el consejo médico ordenó mi inmediato retorno a Inglaterra. En consecuencia, fui trasladado al transporte militar *Orontes*, y al mes de travesía desembarqué en Portsmouth, con la salud deteriorada para siempre y nueve meses por delante, sufragados por un Gobierno paternal, para intentar restablecerme.

4. Condado inglés.

5. Nombre que designa a quienes luchan contra los infieles.

En Inglaterra carecía de parientes y de amigos. Era, por tanto, libre como el aire; es decir, todo lo libre que se puede ser con un ingreso diario de once chelines y medio.⁶ Como es natural en dicha situación, me dirigí a Londres, gran sumidero al que van a parar todos los desocupados y haraganes del Imperio.

Durante algún tiempo me alojé en un buen hotel del Strand. Llevaba una vida desordenada y sin ningún objetivo a la vista, y gastaba mi dinero con mayor generosidad de la que podía permitirme. El estado de mis finanzas se hizo tan preocupante que pronto comprendí que, si no quería verme obligado a dejar la gran ciudad y a llevar una vida rústica en el campo, tendría que cambiar por completo mi modo de vida. Elegí el cambio, y empecé por hacerme a la idea de abandonar el hotel e instalarme en un lugar menos caro y pretencioso.

El mismo día en que llegué a esa conclusión me encontraba de pie en el bar Criterion⁷ cuando alguien me dio unos golpecitos en el hombro. Al volverme reconocí al joven Stamford, que había trabajado a mis órdenes como practicante en el Barts.⁸ Para un hombre solitario,

6. El chelín, que era la vigésima parte de la libra esterlina, está fuera de circulación desde 1971.

7. Bar que aún se encuentra en Piccadilly, Londres, y donde una placa conmemora la conversación entre Stamford y Watson, el 1 de enero de 1881, que propició el encuentro de Watson y Holmes.

8. Abreviatura de San Bartolomé, hospital de practicantes para nuevos graduados.

el hallazgo de una cara amiga en la inmensa jungla londinense resulta en verdad un gran consuelo. Stamford y yo no habíamos sido precisamente uña y carne en los viejos tiempos, pero en esta ocasión lo acogí con entusiasmo, y él, por su parte, pareció contento de verme. En un impulso de alegría lo invité a que almorzara conmigo en el Holborn, y hacia allí nos fuimos en un coche de alquiler de los de un caballo.

—¿Qué ha sido de usted, Watson? —me preguntó, sin disimular su sorpresa, mientras el traqueteante vehículo se abría paso por las pobladas calles de Londres—. Lo veo delgado como un listón y moreno como una nuez.

Le hice un breve resumen de mis aventuras, y apenas si había acabado de contárselas cuando llegamos a nuestro destino.

—¡Pobre hombre! —exclamó con tono de hondo pesar, tras escuchar mis penalidades—. ¿Y qué proyectos tiene?

—Busco alojamiento —le contesté—. Intento averiguar si puedo encontrar un lugar cómodo a un precio razonable.

—Es curioso —comentó mi acompañante—. Es usted el segundo hombre que hoy me ha hablado en esos mismos términos.

—¿Y quién fue el primero? —pregunté.

—Un tipo que trabaja en el laboratorio de Química, en el hospital. Esta mañana se quejaba de no tener a nadie con quien compartir un agradable apartamento que ha encontrado, y que resulta demasiado caro para su bolsillo.

—¡Por Júpiter! —exclamé—. Si de veras busca a alguien con quien compartir el gasto y las habitaciones, soy el

hombre que necesita. Prefiero tener un compañero a vivir solo.

El joven Stamford me miró de modo un tanto extraño, por encima de un vaso de vino, y dijo:

—Aún no conoce a Sherlock Holmes. Quizá no sea exactamente el tipo de persona a la que uno querría tener siempre como vecino.

—¿Por qué? ¿Hay algo en su contra?

—No, en ningún momento he dicho que haya algo contra él. Pero es un hombre de ideas un tanto peculiares. Le entusiasman determinadas ramas de la ciencia. Por lo que yo sé, como persona es bastante decente.

—Sin duda, hace algún tipo de estudios médicos —sugerí.

—No, no creo que se proponga seguir esa carrera. En mi opinión, domina la anatomía y es un químico de primera clase. Sin embargo, que yo sepa, no ha asistido sistemáticamente a ningún curso de Medicina. Es muy caprichoso y excéntrico en sus estudios, pero ha hecho un gran acopio de conocimientos poco corrientes, que asombrarían a la mayoría de sus profesores.

—¿Le ha preguntado alguna vez qué se trae entre manos?

—No. No es hombre que haga fácilmente confianzas, aunque puede resultar comunicativo cuando está en vena.

—Me gustaría conocerlo —dije—. Si he de vivir con alguien, prefiero que sea una persona estudiosa y de costumbres tranquilas. Aún no me siento lo bastante fuerte

como para soportar mucho ruido o agitación. Ya tuve bastante de todo eso en Afganistán, y espero no tener más en lo que me resta de vida. ¿Cómo podría conocer a ese amigo suyo?

—Seguro que ahora mismo está en el laboratorio —contestó mi acompañante—. Unas veces no aparece por allí durante semanas, y otras se queda desde la mañana hasta la noche. Si quiere, podemos acercarnos los dos en coche, después del almuerzo.

—De acuerdo —contesté.

Y la conversación tomó otros derroteros.

Mientras nos dirigíamos al hospital, después de dejar el Holborn, Stamford añadió algunos detalles acerca del caballero que parecía estar a punto de convertirse en mi compañero de alojamiento.

—No debe culparme si no se llevan bien —me dijo—. Mi relación con Holmes se reduce a unos encuentros casuales en el laboratorio. Es usted quien ha propuesto el asunto. Así que no me haga responsable.

—Si nos llevamos mal, bastará que cada cual siga su camino —comenté—. Tengo la sensación, Stamford, de que tiene usted razones para querer lavarse las manos en este negocio —añadí, mirándolo fijamente—. ¿Acaso es un hombre tremendamente irritable, o qué? Le agradecería que no se anduviese con rodeos.

—Es difícil expresar lo inexpresable —me contestó, riendo—. Holmes tiene una actitud ante la vida demasiado científica para mi gusto. Casi raya en la insensibilidad. Me lo imagino ofreciendo a un amigo una pizca del al-

caloide vegetal más moderno, y no con mala intención, compréndame, sino porque, como investigador, necesita tener una idea exacta de los efectos de la droga. Para ser justo, creo que él mismo la tomaría con la misma naturalidad. Por lo que he visto, siente pasión por el conocimiento detallado y preciso.

—Es una actitud digna de elogio.

—Sí, pero puede llevarle al exceso. Y resulta enormemente chocante, cuando menos, verlo en la sala de disección, apaleando a los cadáveres con un bastón.

—¡Apaleando a los cadáveres!

—Sí, para comprobar qué clase de magulladuras pueden producirse en un cuerpo muerto. Le aseguro que lo he contemplado con mis propios ojos.

—¿Y dice usted que no estudia Medicina?

—No. ¡Vaya usted a saber qué finalidad persigue con sus estudios! Pero ya hemos llegado, y usted mismo podrá formarse una opinión acerca del personaje.

Mientras hablaba nos metimos en una callejuela, y a través de una pequeña puerta lateral entramos en una de las alas del gran hospital. Todo aquello me resultaba familiar, y no necesité que me guiasen cuando subimos por la lúgubre escalera de piedra ni cuando avanzamos por el largo pasillo de paredes encaladas y puertas de color castaño.

Casi al otro extremo del pasillo, un corredor abovedado y de poca altura conducía al laboratorio de Química. Consistía este en una sala muy alta, llena de frascos alineados a lo largo de las paredes y desperdigados por

el suelo. Aquí y allá, unas mesas bajas y anchas aparecían erizadas de retortas, tubos de ensayo y pequeños mecheros Bunsen,⁹ de llamas azules y ondulantes. En la sala únicamente había un estudiante que, absorto en su trabajo, se inclinaba sobre una mesa apartada. Al escuchar nuestros pasos, volvió la cabeza y saltó en pie, con una exclamación de júbilo.

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré! —gritó a mi acompañante, mientras corría hacia nosotros con un tubo de ensayo en la mano—. He descubierto un reactivo que se precipita con la hemoglobina y sólo con ella.

Los rasgos de su cara no habrían mostrado más satisfacción si hubiera encontrado una mina de oro.

—El doctor Watson; el señor Sherlock Holmes —nos presentó Stamford.

—¿Cómo está usted? —dijo cordialmente, mientras estrechaba mi mano con una fuerza inesperada—. Por lo que veo, ha estado usted en Afganistán.

—¿Cómo diablos lo sabe? —pregunté, asombrado.

—No tiene importancia —dijo él, riendo por lo bajo—. Ahora se trata de la hemoglobina. Usted comprende, sin duda, todo el alcance de mi descubrimiento, ¿verdad?

—Parece interesante —contesté—, al menos desde un punto de vista químico. Pero, en cuanto a su aplicación práctica...

9. El mechero Bunsen, llamado así por su inventor, funciona a base de una mezcla de aire y gas, y puede alcanzar temperaturas de hasta 7.000 °C.

—Pero, hombre, ¡si es el hallazgo de mayores consecuencias prácticas hecho en los últimos años en el campo de la medicina legal! Fíjese: nos proporciona una prueba infalible para descubrir las manchas de sangre. ¡Venga a verlo!

Era tal su interés que me agarró de la manga de la chaqueta y me arrastró hasta la mesa donde estaba realizando sus experimentos.

—Procurémonos un poco de sangre fresca —dijo, clavándose en el dedo una larga aguja y vertiendo en una probeta de laboratorio la gota de sangre que extrajo del pinchazo—. Y ahora voy a diluir esta pequeña cantidad de sangre en un litro de agua. Fíjese en que la mezcla resultante tiene la apariencia del agua pura. La proporción en que está la sangre no excederá de uno en un millón. Sin embargo, estoy seguro de que obtendremos la reacción característica.

Mientras hablaba, dejó caer en el recipiente unos pocos cristales blancos, agregando luego unas gotas de un líquido transparente. Al instante, la mezcla tomó un apagado color caoba, y un precipitado de polvo parduzco apareció en el fondo del recipiente de vidrio.

—¡Ajá! —exclamó alborozado, dando palmadas como un niño con un juguete nuevo—. ¿Qué dice usted de eso?

—Un experimento muy sutil —contesté.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! La tradicional prueba del guayaco¹⁰ resultaba muy tosca e insegura. Lo mismo cabe decir de la búsqueda microscópica de corpúsculos

10. Árbol del cual se extrae una resina que se usa para la detección de la hemoglobina.

de la sangre, que es inútil cuando las manchas datan de algunas horas. Pues bien: mi procedimiento parece actuar con la misma eficacia tanto si la sangre es vieja como si es reciente. De haberlo descubierto antes, cientos de personas que ahora se pasean por las calles habrían pagado hace tiempo las penas que merecen por sus crímenes.

—¿De veras? —murmuré.

—Las causas criminales dependen siempre de este punto. A veces, las sospechas recaen sobre un hombre cuando ya han pasado meses desde que se cometió un crimen. Se examinan sus trajes y su ropa interior, y se descubren unas manchas parduzcas. ¿Son manchas de sangre, de barro, de suciedad, de fruta o de qué? Ésa es la pregunta que ha sumido en la confusión a más de un experto. ¿Y sabe usted por qué? Porque no se disponía de una prueba segura. Pero de hoy en adelante disponemos de la prueba de Sherlock Holmes, y ya no habrá ninguna dificultad para resolver el misterio.

Mientras hablaba le brillaban los ojos. Se llevó la mano al corazón e hizo una reverencia, como si correspondiese a los aplausos de una multitud imaginaria.

—Merece usted que se le felicite —dije, muy sorprendido ante su entusiasmo.

—¿Recuerda el caso de Von Bischoff, en Frankfurt, el año pasado? De haber existido esta prueba, le habrían ahorcado con toda seguridad. ¿Y qué decir del caso de Mason, en Bradford, o el del célebre Muller, o el de Lefèvre en Montpellier, o el de Samson, en Nueva Or-

leans? Podría citar una veintena de asuntos en los que la prueba habría sido decisiva.

—Habla usted como si fuera un almanaque viviente de hechos criminales —comentó Stamford, con una carcajada—. Podría publicar algo en esa línea, y titularlo *Noticario policiaco de antaño*.

—No sería ningún disparate —replicó Sherlock Holmes, al tiempo que pegaba un pedacito de parche sobre el pinchazo del dedo—. He de tomar todas las precauciones posibles —prosiguió mientras se volvía hacia mí, sonriente—, porque manipulo venenos con mucha frecuencia.

Al tiempo que hablaba alargó la mano, y pude ver que la tenía descolorida por el efecto de ácidos fuertes y cubierta de parches parecidos.

—Hemos venido por un negocio —dijo Stamford, tomando asiento en un elevado taburete de tres patas, y empujando otro hacia mí con el pie—. Este amigo mío anda buscando cobijo, y como usted se quejaba de no encontrar a nadie que quisiera alquilar algo a medias, he pensado que sería buena idea reunirlos a los dos.

A Sherlock Holmes pareció agradarle la perspectiva de compartir conmigo el alquiler.

—Tengo echado el ojo a unas habitaciones en Baker Street —dijo—, que nos vendrían de perlas. Espero que no le moleste el olor a tabaco fuerte.

—También yo lo fumo —confesé.

—Hasta ahí vamos bastante bien. Suelo tener a mano sustancias químicas, y de vez en cuando realizo experimentos. ¿Le importa?

—¡De ningún modo!

—Veamos... ¿Qué otras desventajas tengo? En ocasiones me vuelvo melancólico y no despego los labios durante días. Cuando eso me ocurra, no debe tomarlo como una muestra de mal humor o resentimiento. Déjeme a solas conmigo mismo y verá qué pronto se me pasa. Y ahora, ¿tiene usted algo de qué acusarse? Cuando dos personas van a vivir juntas, conviene que cada una sepa lo peor de la otra.

Aquel interrogatorio me hizo reír.

—Tengo un cachorro de bulldog —dije—. Los ruidos fuertes y repentinos me molestan porque mi sistema nervioso está destrozado. Me levanto de la cama a las horas más absurdas, y soy de lo más perezoso. Cuando gozo de buena salud tengo otros defectos, pero en mi estado actual los que acabo de indicarle son los principales.

—¿Incluye usted tocar el violín en la categoría de los ruidos fuertes y repentinos? —me preguntó Holmes con cierta ansiedad.

—Depende del intérprete —contesté—. Un violín bien tocado es un regalo de los dioses. Pero, cuando se toca mal...

—Entonces no hay inconveniente —concluyó con una risa alegre—. Creo que podemos dar por cerrado el trato, siempre y cuando le agraden las habitaciones.

—¿Cuándo podemos visitarlas?

—Venga a recogerme mañana al mediodía; iremos juntos y lo arreglaremos todo.

—De acuerdo. A las doce en punto —le contesté, y le estreché la mano.

Lo dejamos trabajando en sus experimentos y fuimos caminando hacia mi hotel.

—Por cierto —pregunté de pronto, deteniéndome y mirando a Stamford—, ¿cómo diablos se enteró de que yo había venido de Afganistán?

Una sonrisa enigmática se dibujó en el rostro de mi acompañante.

—Ahí tiene usted precisamente uno de esos detalles singulares que caracterizan a nuestro hombre —dijo—. Mucha gente se pregunta cómo se las arregla para adivinar las cosas.

—¡Vaya! ¿Entonces se trata de un misterio? —exclamé, frotándome las manos—. Esto empieza a ponerse interesante. Le quedo muy agradecido por habernos presentado. Como reza el dicho, «no hay estudio más apropiado para la Humanidad que el hombre mismo».¹¹

—Aplíquese entonces a la tarea de estudiar a su amigo —me advirtió Stamford, a modo de despedida—. Aunque le va a costar, me temo. Verá como él acaba sabiendo mucho más de usted que usted de él. Adiós.

—Adiós —le contesté.

Seguí caminando sin prisas hacia el hotel, muy intrigado por las peculiaridades del hombre al que acababa de conocer.

11. La cita es de Alexander Pope (1688-1744), poeta y ensayista inglés.